

(como ejemplo de estas últimas, las que incluye en la p. 45: "Realzaba el período con el certero manejo del adverbio, *del que se ha dicho que es el adjetivo del verbo*; administraba a tiempo los pronombres demostrativos, *cuya índole particular evita la reproducción del nombre*"; etc.).

Y todo ello, haciendo gala de un estilo ampuloso, confuso y retórico, del que puede servir como muestra el párrafo siguiente: "Y de pronto, márcase en su jornada de tanto tráfico, una pausa, brevísimo intervalo en el tiempo, sí, inmensa en la dimensión, comparable a un haz luminoso cuyo lampo iluminara inciertas lejanías. En aquel momento, las hojas cimeras de ese árbol de profundas raíces, que es-Lugones mismo, rehilan, estremecidas allá en lo altísimo del pensamiento por el soplo primero, céfiro que aún no alcanza a la achaparrada floresta de abajo. Tras una brevísima calma —ensueño de un ciclo terminado—, del fondo del horizonte de las ideas un venticito viene acamando las mieses y los pastizales, y entonces sí, columbran los más avisados, la virazón del poeta... Un fucilazo, relámpago sin trueno, parpadea en la vastedad del campo espiritual. Es que el vaho ardiente de la hornalla de Europa se traga todo el aire puro de las tierras; ocasiona el ciclón, que a tantos coge desprevenidos" (p. 55).

A cambio de los esperados datos sobre la vida y la obra de Lugones, su prologuista nos ofrece abundantes citas o alusivas referencias de Maquiavelo, Cervantes, Pirrón, Terencio, Shakespeare, Quevedo, Publio Carisio, Byron, Gautier, Erasmo, Leonardo, Huarte de San Juan, Menéndez Pidal y algún otro. Pero de las influencias que pueda haber en la prosa de Lugones apenas se nos dice una palabra.

Sinceramente creo que, por desgracia, lo único aprovechable de la labor de Leopoldo Lugones (hijo) en este volumen son las notas, de carácter esencialmente lingüístico, que añade a su edición de *La guerra gaucha*.

MIGUEL BLANCO

ADAM RUBALCAVA, *Puebla de los Angeles*, Ed. Arquitectura, México, 1963; con fotografías.

No hace mucho apareció el primer volumen de esta preciosa colección. Se titula *Pátzcuaro*. Este nuevo libro dedicado a Puebla acaso sea más rico en textos explicativos, pero las ilustraciones, con ser muy buenas, presentan en ocasiones aspectos relativamente vulgares de la ciudad. De todas maneras, es una

verdadera guía emotiva de lo que se debe contemplar y de lo que se debe recordar. El autor no es un fotógrafo profesional, lo que le permite percibir mejor no sólo el paisaje, sino la emoción de las cosas y de los seres. Ha preferido en sus andanzas por la antigua ciudad de Palafox, ir descubriendo rincones históricos, legendarios y de la vida cotidiana, para apresar, equitativamente, lo que constituye el alma de aquellos sitios.

La historia virreinal, la historia de los tiempos de la Independencia y la historia —si cabe decirlo así— de la época moderna adquieren un encanto y una realidad tan viva que se siente más al hombre que al paisaje mismo.

Los comentarios, escritos con gusto y con decoro gramatical, vienen a contemplar las imágenes recogidas. En ocasiones el autor se deja llevar por su espíritu romántico y añade, en sus breves trozos literarios, más adjetivos de los necesarios. Debíó de revisar sus originales; con una sola lectura habría podido limpiar de adornos superfluos algunas de sus páginas. El señor Rubalcava se aparta de lo turístico y de lo documental, lo cual es ya un mérito extraordinario para un libro de esta especie. Prefiere, con buen tino, manejar las escenas donde la poesía —la poesía eterna del cielo, de la tierra y del hombre— está presente y desnuda. Alguien me dice que Azorín hubiera escrito un libro precioso sobre este mismo tema, porque sabía ver lo que el caminante vulgar pone de lado. Pero, a decir verdad, la sencillez de Azorín, retórica y repensada de tanto apretar la palabra y la oración, habría borrado el jugo y la respiración que aquí lucen con gracia un poco provinciana. La sensibilidad de Rubalcava le permitió captar paisajes y caminos con limpieza pocas veces superada en nuestra literatura contemporánea. Adam Rubalcava nos ha proporcionado un libro sabroso, que no podemos dejar de la mano; tal es su encanto y su madura concepción. Las escenas mejor logradas son las que se refieren a los rincones humildes del pueblo. Para nuestro gusto, hubiéramos preferido más abundancia de fotos de esta especie, a fin de que el libro ganara en unidad y prestancia. De todas maneras, *Puebla de los Angeles* constituye, hoy por hoy, una joya pictórica y literaria que honra no sólo al autor, sino también a los meticulosos tipógrafos, pues éstos no han descuidado ni las tintas, ni la nitidez de la impresión ni tampoco la selección, difícilísima en nuestro medio, del tono y la calidad de los papeles empleados.

ERMILO ABREU GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras.